

MIRET MAGDALENA

DE GAULLE, ¿GOBERNANTE CATÓLICO?

Esta es la primera pregunta que uno se hace: De Gaulle, ¿fue prototipo o modelo de gobernantes católicos?

Porque De Gaulle ha terminado, aunque la prestancia de sus acostumbradas actitudes tuvo un final lleno de orgulloso coraje, en el que supo jugarse el todo por el todo a una sola carta.

Pero perdió, a pesar de la voluntariosa actitud que adoptó siempre en coherencia con su historia de desafíos constantes al pueblo francés. Y, desde su retiro de Colombey, en jubilación de menesteres de gobierno, seguirá siendo, porque no podrá evitar esta postura, ante todo, el líder.

Lo malo para él ha sido que Francia —como empieza a pasar en casi todo el mundo civilizado con sus líderes culturales, sociales o religiosos— se ha sentido cansada de estar en manos de este tipo de líder, que es sólo líder, aunque inteligente como lo fue De Gaulle.

Hace veinticinco años, el entonces guerrero francés, descubrió ya su juego político. Un pequeño libro, obra maestra de la literatura clásica del *Gobierno de Príncipes*, fue el vehículo con el que nos transmitió lo que iba a hacer en el futuro.

Los franceses, sin embargo, por causa de su fina sensibilidad literaria, se quedaron con la cáscara —fina cáscara— de esta confesión política, y no supieron recordar —pocos años después— su contenido, clave de estos años de su historia.

Cosa parecida a lo que le ocurrió, antes de nuestra guerra civil, a un amigo mío, con un entonces famoso libro de fervor monárquico, *Cartas a un escéptico en materias de forma de gobierno*, escrito por el inteligente Pemán. Tanto disfruté mi amigo con la forma —no de gobierno político, sino la del libro— que me confesó, tras leerlo de un tirón, que le había atraído tanto que no había tenido tiempo de enterarse de lo que decía.

Algo semejante les pasó a los franceses con el pequeño y enjundoso libro de De Gaulle: su excelente envoltura cultural les hizo olvidar su significativo contenido y no supieron ver la clave de este profético libro, que expresivamente tituló su autor, en el año 1944, poco antes de terminar la guerra mundial, con la frase: *Al filo de la espada*.

No pudo encontrar mejor designación que ésta de su pequeño libro, para calificar su política futura, como un dirigir al filo de la espada, porque rozando ese filó llevó siempre al pueblo, sin llegar nunca a conseguir su entregada participación, sino sólo sus fríos votos, hasta llegar por fin a perderlos también éstos.

En la historia se encuentran, principalmente, dos tipos de líderes, aunque en realidad haya muchos más; pero, a nuestro propósito, basta recordar esta clasificación dual. Son los dos que definió el profesor Bartlett: «El que *Impresiona* al grupo, imponiéndole su autoridad, y el que lo *expresa*, haciéndose eco de sus ideas, sus sentimientos y sus actos» (Herbert Read, «Al Diablo con la cultura», Ed. Proyección, Buenos Aires).

De Gaulle tiene que ser clasificado entre los primeros, entre los que impresionan imponiéndose, pero no coinciden con la expresión de las ideas, sentimientos y actos populares. Y, como corresponde a esa actitud política, expuso siempre su postura de líder con «cínica» claridad, la misma que usó Diógenes con sus coetáneos griegos.

El «católico» presidente —igual que los católicos reyes de Francia— se inspiró, para sus ideas de mando, en los bien poco cristianos manuales clásicos, dedicados a enseñar el *Gobierno de Príncipes*, y no se fijó ni en las máximas del Evangelio, ni en la sabiduría de los grandes pensadores humanos, casi cristianos, como las del profundo filósofo chino Lao-Tsé, cuyas enseñanzas parecen cubrir a la perfección las inquietudes para el futuro de la sociedad mundial, tal como se manifiesta en muchos hombres y mujeres que miran hacia delante. Porque Lao-Tsé hizo, hace siglos, la mejor crítica de este hombre que pretende impresionar, captar y suggestionar casi amenazando, como ha hecho De Gaulle.

•Hay que impresionar las voluntades —es la misión que asigna

De Gaulle al jefe—, captarlas, animarlas a olvidarse de sí mismas y dirigirse a la meta que se les propone; agrandar y multiplicar los efectos de la disciplina, por medio de una sugestión moral que esté por encima del razonamiento». Conceptos que, pocas páginas después, aparecen con suficiente claridad aplicados también a la dirección de los pueblos, y que resume en esta confesión de siete palabras que no tiene desperdicio: «Los amos deben tener alma de amos».

Parece que su plan fundamental, en la dirección del pueblo francés, fue ser este «amo de almas», con «alma de amo».

El ex presidente francés está por eso en la línea de los líderes que impresionan al alma popular, pero que no saben expresar ni catalizar lo que el alma popular lleva dentro. De esos líderes que tanto abundaron en la historia, y que el más genial de todos —aunque hoy no nos atrae nada— fue Napoleón.

En cambio, Churchill y Hitler —dos líderes antagónicos— deben ser clasificados —aunque con signos contrarios— entre los que supieron expresar, para bien el primero y para mal el segundo, el anhelo concreto del pueblo en su momento histórico. El primero supo expresar con naturalidad el deseo popular de vivir sin tiranías, en libertad y respeto del hombre, como fue el deseo que tuvo durante la guerra mundial el mundo anti-nazi. El otro manifestó, en cambio, el turbio anhelo de dominar que invadió a gran parte del pueblo alemán durante la época hitleriana.

Churchill se retiró cuando había cumplido su misión, cuando ya no fue útil al pueblo británico, única justificación —ésta de la utilidad popular— que puso de su liderazgo. Hitler, por el contrario, cayó de su elevado pedestal sólo cuando la ciega pasión de gran parte de su pueblo se encontró con la barrera de la humanidad, que se opuso a las consecuencias del grandioso, pero devastador mito de la raza aria como raza elegida. Ambos —el demócrata y el totalitario— representaron a su época, aunque el uno en su cara positiva, y el otro en la negativa.

En la Iglesia hallamos igualmente ejemplos constantes de estos dos tipos de líderes: el de Pío XII, que fue una especie de De Gaulle eclesástico, inteligente, culto y autocrata, que atrajo al mundo católico durante años hacia inteligentes cometidos, pero que hoy nadie puede recordar con simpatía; y el de Juan XXIII, una especie de Churchill que sabía expresar la verdad del pueblo sin halagarlo nunca, pero atrayéndolo espontáneamente a metas verdaderamente humanas, que muchos años ramos hoy en la Iglesia.

De Gaulle —desgarbado, voluntarioso y de fulminante palabra— no supo atraer a su pueblo, porque la fina inteligencia en el mando no es suficiente para hacer de uno un líder popular.

Supo ver al ex presidente, con un adelanto de veinte años, que «nuestro tiempo es duro para con la autoridad». Y resultó, de esta manera, profeta de los inconformismos de la juventud actual del mundo. Describió al hombre de nuestra época «vacilante en sus creencias, exangüe en tradiciones, agostada su entrega leal a algo, y sin encontrar el gusto de lo antiguo ni el respeto de las reglas de otros tiempos». Supo ver algo de lo que anhela el hombre actual, pero lo miró con anteojeras puramente negativas y, por eso, no hizo sino despreciarlo, aunque su actitud despectiva estuviera llena de orgullosa elegancia.

La reflexión que debemos hacernos los católicos, ante la figura de De Gaulle, es que sólo impresionó, pero que no expresa los anhelos mejores de un pueblo, es que está fuera de órbita en nuestro mundo actual. De un mundo —como he dicho recientemente aquí— que se caracteriza por dejar de lado la etiqueta religiosa, pero que, paradójicamente, se acerca a los valores humanos del Evangelio.

La historia es maestra de la vida y nuestra vida de cristianos responsables del siglo XX debe aprender, aunque sea por contraste, del ejemplo histórico de De Gaulle, que, aunque tuvo sinceras convicciones religiosas, en su actitud nada representa de positivo valor para el desarrollo humano y cristiano, sino sólo de mando pagano y de liderazgo sin comprensión ni expresión de lo popular. Y esta enseñanza debemos aplicarla no sólo al mundo, sino también a la Iglesia.